

HISPANIA



Número suelto, DOS REALES

SUMARIO

Portada, por A. Mas y Fondevila. — Apuntes, por Sancha. — El elegante de la Puerta, por Bret Harte; ilustraciones de R. Navaro. — Romana, por A. Querol. — Fiestas de la Merced: Guardia municipal á caballo, en traje de gala, Los gigantes de la comparsa del Castillo de Santa Florentina, La comparsa, Grupo de enanos y Gigantes en marcha. — La vida rural, por Desiderio Marcos. — Una calle de Venecia, por Rico. — La convaleciente. — La Magna Charta, por J. Lapeyra; ilustrado por su autor. — Album proyectado y encuadernado por Hermenegildo Miralles. — Intrigas de pueblo, por Camilo Millán. — La Feria de Sevilla, por S. Clemente. — La vida bohemia, por Canals. — Por esos teatros, por Un espectador. — Retrato de Halbina Valverde. — « Turó de Modolell » (Bonanova), fotografia artistica remitida por D. J. Sánchez Garrigós. — Hojeando libros. — Sección de Ajedrez.



SANCHÁ



APUNTES

EL ELEGANTE DE LA PUERTA

TAMBIÉN era minero. Durante el invierno de 1851 le encontró un grupito de exploradores que franqueó las nieves desembocando en un pequeño valle, que más adelante tomó el nombre de la Puerta. Era su único habitante. Por espacio de tres meses había vivido sin comer más que dos galletas por día y alguno que otro pedazo de bacalao. Habitaba en una choza construída con troncos y maleza, y á pesar de todo, estaba alerta, dispuesto á cualquier eventualidad, valiente y rebosando cumplimientos.

Dejemos la palabra á Enrique Symes, jefe de los exploradores, el cual da cuenta de su primera entrevista en los siguientes términos :

— Señores, le vimos de improviso al dar vuelta á una roca... á tanta distancia... En cuanto nos vió, metióse en su choza, y al poco rato vino á recibirnos con un enorme sombrero de copa en la cabeza, alto como el tubo de una chimenea, y provisto— ¡me muero de risa! —de guantes... Era un señor alto, flaco, con los carrillos hundidos, no sin razón, y el rostro pálido, gracias á su régimen y á sus raciones de hambre. Saludó con un aire y un ademán que... ¡vamos!... afectaban distinción y nos dijo :

— ¡Me alegro mucho de conocer á ustedes, caballeros! Supongo que habrán tropezado ustedes con algunas dificultades para llegar hasta aquí. ¿Quieren ustedes aceptar un cigarro?

Y diciendo y haciendo sacó del bolsillo una petaca llena de dibujos que contenía dos cigarros habanos.

— ¡Siento el no tener más!, dijo.

— ¿No fuma usted?, le pregunté.

— Pocas veces, me contestó mintiendo como un sacamuelas, porque aquella misma tarde le ví con una pipa ennegrecida entre los dientes, en la que chupaba como un recién nacido en un viverón.

— Tengo estos cigarros para obsequiar á los viajeros que pasan por aquí, añadió.

— Sin duda se dan cita en estos parajes las gentes más elegantes, dijo Bill Parker con gravedad, paseando su mirada desde los guantes al tubo de chimenea, no sin haberles hecho antes una seña á sus compañeros.

— De vez en cuando pasa por aquí algún indio, contestó.

— ¡Indios!

— Sí, buenas gentes. Son personas pacíficas. Dos ó tres veces han tenido la amabilidad de traerme caza, pero no he querido aceptarla, porque estos pobres diablos llevan una vida bastante dura.

... Al llegar aquí, caballeros, conviene advertir á ustedes, que nosotros éramos gente pacífica y poco amiga de bronca; pero los buenos y honrados indios nos habían atacado más de una vez, y el mismo Parker había dejado entre sus manos algunas partes de su cuero cabelludo, cosa que le obligaba á cubrirse la cabeza con hojas ver-

des como un busto romano. Esto nos hizo creer que aquel amable desconocido se divertía á costa nuestra.

Bill Parker dirigióse hacia él, y midiéndole con la mirada, le preguntó con tono guasón :

— ¿Conque dice usted que los indios son *pacíficos* y que le ofrecen su caza?

— Eso es, contestó el solitario.

— ¿Y que usted no lo ha aceptado?

— ¡Claro!

— ¿Y cómo lo han consentido?, añadió Bill con suavidad. ¡Cuanto daño les habrá hecho la negativa de usted?

— Efectivamente, en la cara se les veía pintado el disgusto.

— ¡Bueno! Y ahora ¿podríamos saber quien es usted?

— ¡Ustedes dispensen!, dijo el desconocido. ¡Se me había olvidado! Y sin más ni más sacó del bolsillo un tarjetero, y tomando de él un pedacito de cartulina rectangular, se la entregó á Bill, añadiendo:— Aquí tiene usted mi tarjeta.

Bill la tomó y leyó en alta voz :

J. FROTT KENTUCKY



—¡Vaya una tarjeta bonita!, dijo.

—Me alegro mucho de que sea del agrado de usted, contestó el desconocido.

—Supongo que las cincuenta y una que le quedan á usted serán todas tan lindas como ésta. Una baraja de ases y sotas.

El desconocido no contestó ni una sola palabra, pero dió un paso atrás.

Bill añadió:

—¿Aquí, quién se burla de quién, señor J. Frott, de Kentucky?

—¡No sé qué es lo que usted quiere decir!, contestó el solitario, al mismo tiempo que sus mejillas se coloreaban como el recipiente de una pipa encendida.

—Pues yo se lo explicaré á usted. ¿A qué viene toda esa comedia de los guantes de piel? ¿Qué se propone usted con tanta monada? ¿Para qué toma usted ese aspecto de saltimbanqui? Y en último término, ¿quién es usted?

Irguióse el desconocido y dijo:

—Toda persona bien nacida, como yo, sépalo usted bien, no gusta de tener cuestiones en su propia casa!

Después quitóse el sombrero, hizo una profunda reverencia y se dispuso á retirarse, al mismo tiempo que Bill, dándole un puntapié geoméricamente aplicado, metió su bota número diez por la copa del tubo de chimenea con la misma facilidad con que un volatinero pasa por dentro de un aro de papel. Después de esto no recuerdo exactamente lo que pasó. ¡Señores! sólo un hombre sería capaz de referirlo con todos los pelos y señales, y ese hombre no ha hablado nunca. El valle se sintió sacudido por una tromba. Yo sólo vi cosas que se movían mucho, y un torbellino de polvo. Ni un grito, ni un tiro. Fué tan súbito, tan imprevisto, que ningún revólver hubiese podido acudir al llamamiento. Cuando recobré el sentido me encontré acostado sobre la maleza y con sólo media camisa en el cuerpo; en los bolsillos llevaba lo menos tres libras de grava y de piedras y la cabeza la tenía bastante sucia. Al levantar los ojos vi á Bill montado en un nogal y á más de veinte pies sobre mi cabeza.

—Capitán, me dijo con algún recelo, ¿ha terminado el cataclismo?

—¿Qué dices?

—Esta convulsión de los elementos ¿ha terminado?

—Pero...

—Es que, añadió Bill, en el mismo momento en que se ha producido el fenómeno eléctrico, acababa de tener una cuestión con un desconocido y quisiera darle explicaciones.

Y sin más ni más, bajó del árbol más tierno que un cordero, entró en la choza y salió mano á mano con el desconocido, dibujándose una sonrisa de recién nacido en su fisonomía.

De esta manera entramos en relaciones con el elegante de la Puerta.

No respondo en absoluto de la exactitud de todos los detalles narrados por el capitán. Es probable que haya en ellos su poco de exageración; pero el lector prudente hará bien si acepta, con algunas reservas, el notable cataclismo que se menciona. Sin embargo de todo, es cosa

averiguada que la fuerza física del hombre de la Puerta le valió el libre ejercicio de sus monomanías y el que ya no le gastasen ninguna broma sus contemporáneos. Públicamente se le otorgó esta concesión. Un día un recién llegado, hombre bromista, recibió la noticia de la muerte de un pariente lejano y tuvo el capricho de adornarse el sombrero con una gasa. La imprudencia le costó el pagar el gasto hecho por todos los que se hallaban reunidos en la taberna de Parker.

—Me parece, señores, se atrevió á decir, que hay una gran contradicción en establecer un impuesto sobre el legítimo testimonio de mi dolor, cuando se tolera un verdadero despilfarro de guantes amarillos como el que hace este caballero que se halla presente. No es que yo me niegue á pagar el consumo, pero bueno es hacer constar que el reglamento de la tertulia y la manera como se observa, son dos cosas distintas.

Aquel llamamiento dirigido á la mayoría, que todo el mundo respetaba, evitó al elegante de la Puerta el dar una contestación. El presidente, representado por el tabernero señor William Parker, tomó la palabra.

—Joven, dijo con severidad, cuando usted lleve guantes amarillos tan honradamente como este caballero, y sepa hacerlos brillar como rayos en los cuatro puntos cardinales, tendrá derecho á hablar; y entonces, además, podrá enarbolarse la camisa á media asta, en señal de luto, si así lo tiene á bien.

Aplaudió el concurso, y el bueno del muchacho pagó la cuenta y hasta se ofreció á quitarse la gasa, cosa que el elegante de la Puerta no quiso consentir.

Y, sin embargo, ni la cara ni la musculatura de éste, denunciaban un terrible poder. Las largas extremidades, mal soldadas, se movían con una lentitud tarda y automática, que excluía toda idea de una actividad peligrosa. Al final de sus interminables brazos colgaban las manos con la palma vuelta hacia fuera. Al andar volvía los pies hacia dentro como si descendiese de los aborígenes en línea recta. En su rostro no había nada agresivo: era pálido y flaco, y la sonrisa, que muy de tarde en tarde se dibujaba en la boca, parecía más bien la prueba de consideración otorgada por la educación á las bromas de los otros, que la explosión íntima de una alegría que no le era natural. Sus cabellos lacios y negros y sus salientes pómulos, aumentaban su semejanza con la raza india, y ofrecían notable contraste con dos ojos desmesurados, que parecían no tener nada de común con el resto de la fisonomía. Eran de color azul claro, muy poco salientes y sosos, de manera que no expresaban nada de cuanto el elegante pensaba y hacía ó tenía la intención de hacer. Hasta estaban en desacuerdo con sus modales, su manera de hablar y lo extraño de su traje. Algunos decían, así por broma, que en una riña había perdido los ojos con que le dotó la Naturaleza, y después, de prisa y corriendo, los había reemplazado con los de su adversario.

Si la casualidad le hubiese hecho conocer al elegante aquella ingeniosa explicación, probablemente se habría contentado con darle un mentís, sin fijarse en que la cosa no tenía el más pequeño viso de verosimilitud, porque, como acabo de decir, estaba completamente desprovisto de

todo sentido humorístico y de toda apreciación de lo cómico. En una reunión donde los sucesos más tristemente dramáticos se comentaban en un tono eternamente humorista, y en donde el entretenimiento favorito consistía en darse bromas pesadimas, aquella particularidad era tanto más de extrañar, porque iba unida á una sinceridad infantil que desconcertaba á sus interlocutores.

—Me parece, le dijo un día á un sujeto muy conocido en la Puerta, que para probar el carácter disputador de William Peghammer decía usted un día que pasaba las noches en claro disputando con los papafigos. He sabido por su propia boca que esto no es verdad y yo mismo he pasado una noche en el campo en compañía suya sin ver semejante cosa; de todo lo cual he sacado en consecuencia que usted *ha mentado*.

El resultado inmediato de tan severo comentario fué el enfrenar la imaginación de los bromistas cuando estaban en su presencia y crear á su alrededor un respetuoso aislamiento.

Hallándose, como se hallaba, tan identificado con el origen del campamento, participó Frott de su creciente prosperidad. En virtud de sus derechos como primer propietario de la mina *El Águila* disfrutaba de ciertos productos que le permitían vivir sin trabajar, satisfaciendo sus gustos sencillos y económicos. Su lujo principal consistía en llevar la ropa blanca sin la más pequeña mancha y en hacer regalos de un valor más sentimental que intrínseco. Un día le ofreció á un amigo íntimo un bastón sacado de una vid silvestre nacida donde se descubrió el primer filón de la mina; el puño era el del último bastón que usó su padre y la contera del último dollar que Frott había llevado á California.

—A pesar de todo, dijo indignado el propietario de semejante obsequio, anoche cuando traté de jugarlo en casa de Robinsón por valor de cinco dollars, ninguno de los camaradas quiso aceptar la apuesta, y con la mejor buena educación del mundo me dijeron que se me prohibía el continuar jugando, y es que en este campamento no se respetan ya ni las cosas más sagradas.

Cuando la colonia de la Puerta llegó á la plenitud de su prosperidad y de su florecimiento, le eligieron juez de paz por unanimidad. Era digna de verse la majestad con que llenaba sus nuevas funciones, pero bien pronto se observó con estupor que era muy indulgente en la aplicación de las penas y de las multas.

—La ley os impone, le decía al culpable, diez días de cárcel ó diez dollars de multa. Si desgraciadamente no poseyeseis tal cantidad, supongo que el escribano os la facilitará.

Nunca el escribano dejó de entregar la cantidad deseada, la cual le reembolsaba el juez. Tan sólo una vez un delincuente rebelde, bien por pura travesura, bien porque no quisiese que su condena cargase sobre las costillas del juez, se negó á pedir prestada la suma y quiso que le llevasen á la cárcel, que era un pequeño edificio de hormigón que servía al mismo tiempo de archivo. Cuentan, y no sin fundamento, que una vez terminado el despacho, encaminóse la autoridad á la cárcel, vistiendo una camisa de deslumbrante blancura y guantes amarillos; que después de examinar con énfasis algunos legajos, lla-

mó al carcelero y le dió orden de traer una botella de whisky y una baraja. Cuentan más, y aunque compatible con la buena voluntad del juez, el detalle es, sin embargo, algo atentatorio á la dignidad de la ley. Parece que en una larga partida de juego, dedicada á hacer más llevadero el aburrimiento del reo, el carcelero perdió un mes de su sueldo y el juez un año de los emolumentos de su cargo. Aquella bondad habría podido acarrearle algún perjuicio en el ejercicio de sus funciones, si no hubiese aprovechado la ocasión de desplegar inofensivamente todos sus recursos musculares.

Un abogado de Sacramento, tan joven como hábil, fué á defender una causa civil ante el juez de paz, y seguro de ganar la causa en primera instancia, no se cuidó de disimular el poco caso que hacía del juez, y puso de relieve en el discurso su desdén. El juez le dejó acabar sin interrumpirle, pero unas ligeras rosetas coloreaban apenas sus salientes pómulos. Voy á copiar otra vez las palabras de un testigo ocular.

—Fué cosa de ver en aquel momento á nuestro juez, pues tan luego como enarboló la bandera roja, que quería decir *¡Peligro!*, volvióse tranquilamente á aquel insecto de Sacramento, y dijo: «Joven, ya sabe usted que podría imponerle una multa de cincuenta dollars por desacato á la autoridad» —«Está usted en su derecho,» contestó el insecto venenoso, zumbando como un moscardón, «y creo que no ha de faltarme dinero para pagarlo.» —«Déjeme usted acabar,» replicó el elegante con cierta dulce melancolía. «No es esa mi intención. Soy partidario de la libertad de la lengua y de las manos.» Y, sin añadir palabra, levantóse, descompúsose, por decirlo así, extendió su mano, grande como la de la Providencia, cogió al insecto, lo suspendió en el aire y arrojóle por la ventana á veinte pasos de distancia. —«Continúa la vista,» dijo volviendo á tomar asiento, con sus grandes ojos redondos y claros, apagados y dulces como si nada hubiese sucedido.

Si las manías originales del elegante no hubiesen tenido peores consecuencias, todo se habría podido tolerar. Por desgracia para él, se presentó un incidente en aquel mismo tribunal que le había visto salir triunfante, y, al menos por el momento, dió al traste con su popularidad. Una mujer de antecedentes dudosos y de gran libertad de acción, diosa encargada del manejo de la rueda de la fortuna en la principal casa de juego de la Puerta, acudió en queja contra cierto número de ciudadanos que habían invadido á viva fuerza el local, haciendo pedazos los ingeniosos mecanismos de su aparato. Su abogado pronunció una hábil lamentación, y un caballero, que no era su marido, le prodigó los testimonios de la más grande simpatía. No obstante aquella inapreciable cooperación, perdió el pleito. Probóse claramente el delito de defraudación, y los jurados, antes de abandonar el salón, dieron su veredicto favorable á los invasores. El juez volvió sus plácidos ojos hacia los jurados y les preguntó:

—¿Han pronunciado ustedes su última palabra?

—Aunque usted opinase lo contrario, señor juez, no volveríamos atrás, contestó el que llevaba la voz con una familiaridad menos irreverente que jovial.

—Escribano, redacte usted la orden de detención, dijo Frott con mucha parsimonia, y luego extienda mi dimisión de juez. Levantóse y dejó su sillón. Muchos ciudadanos influyentes trataron inutilmente de contenerlo, alegando la mala fama de la reclamante y la poca importancia del asunto. También fué inútil el que los jurados le dijese que consideraban como un insulto su dimisión. El juez volvióse rápidamente hacia el que representaba á los jurados, y con las mejillas coloradas, de una manera amenazadora le dijo :

—No entiendo nada de cuanto usted me dice.

—Pues decía solamente, contestó con rapidez, que no vale la pena de discutir más tiempo, y echó á andar acto contínuo, siguiendo á sus colegas, que huían tan de prisa como se lo permitía el decoro de su posición oficial.

El juez Frott ya no volvió á tomar asiento en el tribunal.

Al cabo de un mes el elegante estaba sentado en un banco, á la puerta de su casa y á la sombra de un cedro gigantesco, situado casi en el mismo sitio donde le vimos por primera vez. Comenzaba el crepúsculo, cuando descubrió el contorno de una mujer y oyó su voz. Al principio dudó y después se colocó un ancho lente de oro, que era la única bagatela que le había quedado. No conocía á la mujer, pero su voz era la de aquella que había pedido justicia en aquel último y memorable proceso que él había presidido. Aquella voz era la de la señorita Clotilde de Montmorency. Pero ante todo apresurémonos á decir que esta señorita, de origen anglo-sajón, no sabía una palabra de francés, de manera que su sonoro nombre formaba parte de la farsa de la casa de juego que regentaba, y, según el concepto denigrante de la colonia, debía haberlo tomado en el extranjero.

—Desearía saber, dijo la señorita Clotilde, sentándose con mucho desparpajo al lado del elegante... quiero decir que Jaime Woods y yo deseáramos saber qué perjuicios ocasiona á usted... su dimisión.

Al ser interrogado de semejante manera por aquella súbita aparición, Frott no comprendió bien de lo que se trataba y preguntó con cierta turbación :

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Supongo que las palabras de usted no son sino una manera discreta de decirme que no me ha visto nunca, que no me conoce, ó, mejor aún, que no desee conocerme, le contestó la señorita Montmorency con afectada calma y amontonando con la contera de la sombrilla algunas hojas secas, como si tratase de ocultar su emoción. Soy la señorita de Montmorency y venía á decirle á usted que tanto Jacobo como yo, creemos que no es justo el que usted pierda su posición por culpa nuestra, supuesto que usted se puso de nuestra parte cuando aquellos malditos jurados dieron su veredicto falso y amañado en contra mía. Jacobo me ha dicho que averiguase qué perjuicios le ocasiona á usted su dimisión, porque cree que podría indemnizarle. Esto me ha dicho Jacobo y crea usted que es hombre formal de quien puede usted fiarse. Hay que hacerle justicia.

—Me parece que no he comprendido bien, dijo el juez con mucha calma.

—¡Vaya, vaya!, exclamó la señorita Clotilde con mal disimulada amargura. Ya se lo había indicado yo á Jacobo, cuando le dije : Estoy segura de que el juez no le comprendería á usted como no me comprenderá á mí. Es un hombre tan orgulloso que nos enviará á paseo. El jueves dió conmigo de manos á boca en la calle é hizo como que no me había visto. Ni siquiera me devolvió el saludo.

—Señorita, se apresuró á decir el elegante, puedo asegurarle á usted que padece un error, y debe creerme. La verdad es, y casi no me atrevo á confesármelo á mí mismo, que he perdido mucho la vista.

Y al llegar aquí se detuvo suspirando. La señorita Montmorency le miró y encontró su rostro pálido y descompuesto. Con la rápida intuición de las mujeres aceptó como una excusa aquella cortedad de vista y le perdonó la desverguenza con que ahora la miraba. Las mujeres todo lo soportan de un hombre, aunque sea feo, menos lo que no pueden explicarse.

—Vamos, ¿es de veras que no me conoció usted? le dijo algo dudosa.

—Me parece que no, contestó Frott sonriéndose.

Calló élla, pero al cabo de un rato añadió :

—¿De manera que el día de la audiencia no me vió usted en el tribunal?

El juez se puso como una amapola.

—Si he de decir la verdad... sólo vi una forma vaga. La señorita Clotilde le interrumpió en seguida.

—Pues llevaba un sombrero de paja forrado de majenta, con el ala doblada á un lado... lo mismo que éste, y las bridas también de color majenta...—Y al mismo tiempo alargaba su cuello redondo y torneado para enseñar el sombrero...—¿No se acuerda usted?...

—Sí... es decir... me parece...

—Y un traje de seda Pompadour... á flores... añadió con insistencia.

Frott se sonrió vagamente, pero con mucha galantería. La señorita Clotilde se convenció de que no había parado mientes en su traje seductor. Dispersó las hojas amontonadas y rayó el suelo con la contera de la sombrilla.

—¿De suerte que usted no me ha visto nunca?

—Así, bien, jamás.

—Voy á hacerle á usted una pregunta, dijo la señorita de Montmorency bruscamente, ¿por qué ha presentado usted su dimisión?

—Porque no podía continuar formando parte de un tribunal que acababa de dictar una sentencia tan inicua como la que por boca del jurado la condenó á usted, contestó Frott con mucha viveza.

—Repita usted eso, hijo mío, exclamó la señorita Clotilde con una admiración tan sincera que le quitaba al epíteto todo cuanto tenía de demasiado familiar.

El juez repitió muy cortesmente toda la parte más sustanciosa de su discurso, pero bajo otra forma.

La señorita de Montmorency permaneció un momento callada y luego añadió :

—¡Luego eso no fué *por mí*!...

—No sé... contestó el juez algo turbado.

—Hable usted claro; ¿fué *por mí* ó no fué *por mí* por lo que obró usted de aquella manera?

— ¡No!, contestó el juez, dando á su palabra cierto aspecto de amabilidad.

Nuevo silencio. La señorita de Montmorency hacía equilibrios con la sombrilla sobre la punta del pie.

— ¡Perfectamente!, dijo al fin. ¿Pero qué le he de contestar á Jacobo?

— ¿A quién?

— A Jacobo.

— ¿Al marido de usted?

La señorita Clotilde, con un movimiento seco, casi hizo saltar el muelle del brazalete, y acto continuo añadió con sequedad:

— No he dicho que fuese mi marido.

— Usted perdone...

— He dicho Jacobo Woods, un hombre de verdadero crédito... Me dijo que viniese á preguntarle al juez qué se hallaría dispuesto á aceptar de nosotros. No se trata de seducirle, de corromperle, ni de nada que se le parezca. Hablando con franqueza, la causa está terminada y usted no es juez. Vengo solo á rogarle que nos procure la satisfacción de que su conducta no ha de servirle de perjuicio. No es posible expresar la cosa con más claridad. Así me lo ha encargado, y yo cumplo mi comisión. Sin embargo, ya sé lo que usted va á contestarme, porque lo tenía previsto. ¡Clarol Va usted á incomodarse y quizás esté ya furioso, porque usted tiene demasiado orgullo para aceptar un dollar nuestro. Quizás prefiera usted morirse de hambre. Quizás nos envíe usted á Jacobo y á mí á los quintos infiernos; pero, ¡qué diablo! Todo me es igual.

Cuando había llegado á este grado de arrebató, rápidamente, sin razón ni motivo, por medio de una reacción tan brusca como sorprendente, echóse á llorar de una manera tan ilógica como todo lo demás. Dejóse caer de nuevo en el banco, del cual se había levantado, y cubrióse el rostro con ambas manos adornadas con guantes de hilo, sin abandonar por eso la sombrilla que formaba un ángulo agudo con la cabeza. No fué pequeña su estupefacción cuando el juez, poniéndole una mano sobre el hombro, le quitó con la otra la sombrilla y la dejó tranquilamente á su lado sobre el banco.

— Se equivoca usted, señorita, dijo con respetuosa gravedad: está usted completamente equivocada, si por acaso cree que su oferta me inspira algo que no sea el agradecimiento, pero por lo mismo que es tan generoso como excéntrico, usted misma comprende que es inaceptable. ¡No! Déjeme usted creer que al cumplir con los deberes de magistrado he merecido la estimación de usted, y que al llenar hoy mis deberes de hombre la conservaré.

La señorita Clotilde le miró, pareciendo como que trataba de aclarar aquellas francas y leales palabras, pero se contentó con decir:

— ¿Me ve usted bien á esta luz y á esta distancia? Póngase usted los anteojos.

El rostro de la señorita no estaba muy lejos del del juez. ¿He dicho que era un rostro bonito? Lo había sido



en otro tiempo; pero la señorita Clotilde conservaba bastante belleza para envolver la rueda de la fortuna que manejaba con un encanto peligroso y seductor que multiplica el riesgo de los jugadores. Aquella era precisamente la temible combinación de gracia y de azar que había encendido la cólera de la Puerta al despertar sus recelos.

Los ojos eran hermosísimos, y es posible que Frott no hubiese nunca visto tan cerca otros tan brillantes y expresivos. Levantó la cabeza preocupado y con rubor. No sé si por instintiva buena educación ó por introducir un tercero en aquel diálogo difícil, añadió:

— Supongo que usted le dirá á su amigo... á ese señor... que aun cuando agradezco su ofrecimiento, lo rechazo.

— Si alude usted á Jacobo, debo decirle que se ha marchado al Este. No se preocupe usted del asunto que ya lo arreglaré yo con él.

Después de una nueva pausa, que tal vez aprovecharon los dos para pensar en la ausencia de Jacobo, dijo la señorita de Montmorency.

— Cúidese usted la vista, porque me alegraré mucho de que me conozca usted cuando nos volvamos á ver.

Se separaron. El juez la encontró muchas veces y la conoció. Al cabo de algún tiempo corrió entre los habitantes de la Puerta un rumor extraño, que sacudió los cimientos de la colonia desde las vertientes de las colinas hasta las entrañas de las minas. El juez Frott se había casado en San Francisco con Juana Thompson, conocida por Clotilde de Montmorency. Durante algunas horas ru-

gió sobre la población una tempestad de ira. Hablóse de complot y de conspiración. Se dijo que la renuncia al cargo de juez era el precio con que había comprado la mano de aquella mujer y la modesta fortuna que poseía. Inventóse una novela patética á propósito de Jacobo Wood, su último amante, víctima de la doble traición de Frott y de la señorita Clotilde. Nombróse una comisión para dirigirle una carta de pésame y de simpatía á aquel hombre que

tres meses antes habían querido sacrificar á su venganza, aplicándole la ley de Lynch. Por último, calmóse la efervescencia, cuando el capitán Enrique Symes, que conocía el asunto, dijo :

— Hay un detalle, señores, que no tienen ustedes presente y que no hay que olvidar, por su mucha importancia. El mismo día que esta mujer se presentó al juez de San Francisco para formalizar los esponsales, acababa

de salir de casa del médico, el cual le había declarado que Frott *estaba completamente ciego y que no tenía cura*. Señores : cuando una mujer como esta renuncia á su pasado, á su comercio y á un hombre de dinero como Jacobo Wood, para casarse con un ciego sin dinero, sólo porque un día la defendió, es decir, por agradecimiento, Dios me perdone si aseguro que no creo haya un solo hombre con derecho para pronunciar una palabra contra ella. Si el juez ha podido olvidar ó perdonar ciertas debilidades que se les atribuyen para dejarse atrapar y cuidar por ella, eso es cuenta suya, pero permítanme ustedes que les diga, aleccionado como estoy por la experiencia, que no procede, no estando como no está uno en su piel, mezclarse en los asuntos privados del elegante de la Puerta.

BRET HARTE

Ilustrado por R. NAVARRO



A. QUEROL

ROMANA

FIESTAS DE LA MERCED



GUARDIA MUNICIPAL Á CABALLO, EN TRAJE DE GALA

EL PRIMER PREMIO DEL CONCURSO DE GIGANTES Y MONSTRUOS TÍPICOS



LOS GIGANTES DE LA COMPARSA DEL CASTILLO DE SANTA FLORENTINA (CANET DE MAR)

EL PRIMER PREMIO DEL CONCURSO DE GIGANTES Y MONSTRUOS TÍPICOS



LA COMPARSA DEL CASTILLO DE SANTA FLORENTINA

EL PRIMER PREMIO DEL CONCURSO DE GIGANTES Y MONSTRUOS TÍPICOS



GRUPO DE ENANOS DE LA COMPARSA DEL CASTILLO DE SANTA FLORENTINA



GIGANTES EN MARCHA

LA VIDA RURAL

DE ROMERIA

El día trece de Junio, día de San Antonio, salté de mi flamante catre de madera de pino, pintado de azul celeste, tan pronto como el astro diurno asomó su risueña faz por el raquíptico ventanuco de mi lóbrego dormitorio...

Yo era entonces, como soy ahora, excesivamente dormilón, y para que abandonara el lecho, antes de las nueve de la mañana en todo tiempo, veíase mi madre en la necesidad de rociarme el cogote con unas gotitas de agua fresca; pero aquel día, ya lo he dicho, brinqué de la cama, tarareando no sé qué tonada de moda por aquella época, así que el primer rayo de luz hirió mi retina.

Y, bien mirado, la cosa no era para menos. Desde la primera quincena del mes de Mayo, la conversación favorita, la única y exclusiva conversación que se debatía entre mis camaradas, versaba siempre sobre el mismo tema: sobre la alegre y bulliciosa romería de San Antonio, en el pintoresco pueblecito de Fuentebella, distante poco más de una legua del nuestro.

La víspera por la noche, ó sea el día doce, reunidos en el soportal de la Casa de la Villa todos los comprometidos á efectuar tan deliciosa excursión, convinimos por unanimidad que ésta tuviera lugar de cinco á cinco y media, para evitarnos que el sol nos «tostara», y que había de hacerse la travesía en los jumentos más pacíficos, calmosos y sensatos del pueblo.

Como quiera que en las villas y villorrios de cada vecindario nos conocemos todos, (la gente á los burros, los burros á la gente y la gente más ó menos «burra», entre sí) nos echamos en seguida á discurrir de quien eran los jumentos de más juicio, y fuimos á pedirlos.

Nos fueron negados algunos, por temor al mal trato que, en opinión de sus sentimentales amos, recibirían de semejante camarilla de calaveras. Pero, en fin, á fuerza de súplicas y halagos, é invocando razones de amistad ó parentesco, conseguimos reclutar la media docena de acémilas que necesitábamos.

Resuelto detalle tan importante, nos dirijimos á las casas de las muchachas que nos tenían dada palabra de acompañarnos, y aunque, en un principio, afectaron mostrarse asustadas de tan atrevida pretensión, diciéndonos que habíamos pecado de cándidos al tomar en serio su promesa, concluyeron por aceptar—con un júbilo tan franco que á todas ellas se las pintó en el rostro—nuestra galante invitación... Madre hubo (¡pícaras suegras!) que nos recibió con remilgos de beata empedernida y nos despidió con respingos parecidos á los que emplean ciertas viejas místicas para ahuyentar al demonio de su ¡ay! impecable cuerpo; mas, previas no pocas protestas de formalidad, corrección y *santidad*, logramos obtener el beneplácito de tan recatadas mamás, y encareciendo á las hijas la más exacta puntualidad respecto á la hora señalada para la partida, nos retiramos cada mochuelo á

nuestro olivo, satisfechísimos del triunfo y anhelando llegara el instante de vernos, no en Fuentebella, sino en la mitad del camino.

.....
A pesar de nuestros propósitos, tan laborioso fué el tocado de las doncellas que, á las siete, tres horas después de alumbrar aquel pedazo de mundo un sol que á las once sería abrasador, aun permanecíamos paciente-mente apostados á las puertas de nuestras respectivas dulcineas...

Un buen rato más tarde, cuando la campana del reloj de la iglesia nos anunciaba con un sordo zumbido que iba á sonar el primer martillazo de las ocho, emprendíamos la marcha, caballeros en seis matusalenes jumentos, una docena de muchachos de ambos sexos, medio chiquillos medio adolescentes, que abrigábamos la *modesta* ilusión de dar tres y raya á todos los demás romeros de Fuentebella...

Cada galán llevábamos á las ancas de nuestra cabalgadura á la damita de nuestra mayor devoción: mi prima Narcisa iba con su novio Pedro; mi otra prima Nicolasa, con Tomás; mi vecinita Asunción, con su adorado *Manolo*; la revoltosa Paulita, con Joaquín; la tímida Sofia, con Alfonsito, el mozalbete más charlatán y más ocurrente de la compañía; y la angelical y miedosilla Teresina (la que andando el tiempo hubiese sido mi mujercita, si su insufrible madre *muere oportunamente*) montó conmigo en «la Parda», la burra de paso más majestuoso y reposado de todo el partido judicial á que pertenece Castroazul, la inolvidable y encantadora villa de mi nacimiento.

Apenas nos habíamos alejado un cuarto de legua de nuestro lugar, oímos voces que nos rogaban nos detuviéramos. Era mi tío Fermín, quien nos pidió por favor que mi primita Clara, monja presunta, formara parte de la comitiva, pues quería ir á Fuentebella, no seducida por los atractivos de la función profana, ¡quía!... ¡que horror!, sino con la espiritual y piadosa intención de visitar al Santo festejado y rezarle no sé qué oraciones que le tenía ofrecidas.

Algo nos contrarió á todos, moceticas y mozalbetes, la inesperada compañía de la meticulosa y cicatera Clarita; pero ¡anda! con cuidar de ella por el camino estaba salvado nuestro compromiso y... ¡que allá se las entendiera mascullando jaculatorias, al suave compás que marcaba la tarda andadura de su pelicana «pollina»!

.....
San Antonio nos brindaba con un día espléndido, exuberante de luz, de sol y de retozona alegría...

La fértil y extensa vega que corta por el centro el angosto senderito por que caminábamos, sembrada de las más variadas plantaciones, todas de un precioso verde á la sazón; regada por multitud de arroyuelos que la cruzan en distintas direcciones; regocijada por el severo cántico

de las codornices, por el inharmónico pío-pío de la diversidad de pajarillos que la pueblan, por el rechinante grigrí de millares de grillos que á una cuarta de profundidad, minan el suelo, y embellecida y aromatizada por los morados lirios nacidos á orillas de los arroyos, por las coloradas amapolas que crecen á porfía con las plantas útiles que las prestan calor y jugo, por las multicolores florecitas que brotan risueñas de los arbustos, por las olorosas azucenas y por las humildes y tristes violetas, ofrecía á nuestros corporales sentidos un hermoso conjunto de felicidad infinita, de dicha inmensa, de inefables placeres, de encanto y de amor...

Las lindas chiquillas, asustadizas y nerviosillas por la natural efervescencia de su sangre moza é impresionable, temblaban de miedo á cada desacompasado movimiento de las testarudas bestias que, engolosinadas con los incitantes yerbajos que se alzaban á ambos lados del sendero rozándoles insidiosamente el hocico, nos ponían en peligro de medir el suelo á cada instante, y entre ayes de temor y chillidos de alborozo, nos agarraban tan frenética y amorosamente, para no caerse, que si ellas temblaban de miedo, nosotros también temblábamos de... ¡no sé decir de qué!...

Y á todo esto, mi prima Clara, que no había concedido un momento de reposo á sus impecables labios, marchaba serena en su mansa borrica, rezando estaciones y dando vueltas sin cesar á las cuentas de su valioso rosario de azabache, regalo del Padre misionero que la sugirió tan ferviente vocación monjil... Y cuando mi angelical y miedosilla Teresina, rodeaba con su delicado brazo mi cintura, suplicándome que no la dejara caer, la mística Clarita tapábase con las manos su pálido rostro, y exclamaba horrorizada: — « ¡ Por Dios, Teresina, que poco aprensiva eres !... ¿ Cómo te atreves á agarrarte así á mi primo ?... ¡ Pobre de mí que voy sacrificada, con toda la falda llena de alfileres, para evitar que estos tunantes me vean los picos de las enaguas, siquiera ! »

Al dar vista á Fuentebella, un volteo general de campanas anunciaba que la misa solemne se celebraría media hora después... Nuestras acémilas aceleraron el paso barruntando sin duda un abundante y sabroso pienso tan pronto como jinetes, y *jinetas*, descendiéramos de sus incómodos lomos. Pero se equivocaban, porque no probarían bocado hasta que, por la noche, estuvieran de regreso en sus respectivas cuadras.

Entrábamos en la plaza del pueblo, cuando la dulzaina, tocando las más escogidas piezas de su repertorio, recorría las calles en busca del señor cura, del alcalde, del juez de paz y de todos los de justicia para acompañarlos á la ermita donde se venera San Antonio, el patrono de Fuentebella, cuya capilla está situada á doscientos pasos de la localidad.

...Mas, ¡ oh desgracia de mi primita Clara !, su mansa « pollina », la burra más cachazuda, más juiciosa y más obediente de entre las siete que montábamos los excursionistas, debió sentirse tan grata ó ingratamente impresionada al escuchar las estridentes notas musicales que lanzaba al aire el robusto gaitero, que encogió el rabo,

amusgó las orejas, hurtó traidoramente el resto de su cuerpo y dió en tierra con la futura monjita que, aunque resultó ilesa, se llevó la infeliz un disgusto tan grande ó mayor que el que la proporcionó mi Teresina cuando, para no caerse, rodeaba mi cintura con su delicado brazo, estrechándome tiernamente...

Corrí presuroso en auxilio de mi cara prima, sacudí el polvo de que se había ensuciado su negro vestidito de merino, la pregunté si la molestaba algún dolorcillo y, sin contestarme, la candorosa chiquita se me echó á llorar.

— Pero si no te has hecho ningún daño ¿ á qué fin lloras, criatura ? — volví á preguntarla.

— ¡ Pues lloro... lloro !... ¿ Sabes por qué ?

— ¿ Por qué, mujer !

— ¡ Pues porque vosotros sois muy maliciosos y no sé si al caer me habré recogido bien las faldas !... Dime la verdad, ¡ anda !, dímelas ; ¿ me tapé bien ?...

DESIDERIO MARCOS



RICO

UNA CALLE DE VENECIA



LA CONVALECIENTE

LA MAGNA CHARTA

I

ALLÁ por los años de 1189 á 1207 durante la época borrascosa de la lucha constitucional de los Estados ingleses, el país atravesaba un período de convulsiones interiores y de peligros exteriores que se multiplicaron á la muerte de Enrique II fundador del Estado inglés, precipitando á su patria hacia una total y desastrosa ruina.

Este monarca murió maldiciendo á sus hijos, que en atrevidas empresas mermaban las grandes conquistas realizadas y destruían los inmensos tesoros adquiridos á fuerza de constancia por su padre quien, á pesar de su carácter absoluto, había conseguido colocarse en la senda de la legalidad.

La organización esencialmente centralizadora dada por Enrique II á la política de su Estado, fué en mala hora explotada por Ricardo I, llamado *Corazón de León*, joven indomable que, habiéndose criado en el desorden de una vida dedicada exclusivamente á los amos y al bando-lerismo, no poseía ni una sola de las cualidades necesarias para cumplir la misión que las altas cuestiones del gobierno de su reino exigían.

Ricardo I aplicó á los delicados asuntos del estado el descabellado romanticismo y la petulante caballería de que estaba rodeado, y solamente tuvo á su favor el renombre que le había dado su valor indómito y una temeridad á toda prueba.

El reinado de Ricardo *Corazón de León*, fué una serie no interrumpida de desaciertos, tales como la expulsión vergonzosa de los judíos, ordenada á poco de su coronación en Westminster; el tráfico repugnante y desmedido de todos los empleos y honores; el afán por amontonar tesoros sobre tesoros para dilapidarlos después en empresas estériles por lo inútiles y por fin los atropellos contra los señores, la Iglesia y el pueblo.

Más tarde, en el año 1201, durante el sitio del castillo de Chaluz, fué herido de un flechazo, de cuyas resultas falleció á la edad de 42 años en el convento de Fonterault designando en su lecho de muerte á su hermano Juan *sin Tierra* (mote con que le apellidaba su padre Enrique II) para sucesor suyo en el trono de sus mayores.

No obtuvo el Estado inglés grandes ventajas con la proclamación del nuevo soberano, pues aunque tuviera más talento militar que su hermano Ricardo I, la tiranía y arbitrariedad con que trataba todas las cuestiones de su reino le acarrearón la mala voluntad de sus vasallos.

Transcurrido algún tiempo, pidió el divorcio contra su esposa la condesa de Gloucester para casarse con la joven Isabel, hija del conde de Angulema, matrimonio que le indispuso con el noble Hugo de la Marche prometido de la joven, si bien el rey ya había solicitado anteriormente la mano de la hermosísima doncella siendo á su vez correspondido por ésta.

Bien pronto Isabel interesose por todo lo que tenía relación con el rey y constituyéndose en su sombra, puso toda su inteligencia en dilucidar los asuntos del Estado llegando en su abnegación y fanatismo á velar el sueño de su esposo, temerosa de que una traición cortara de golpe una existencia para ella tan querida.

El asesinato de Arturo de Bretaña junto á las mil depredaciones que á su pueblo hacia el rey, pusieron el espíritu de aquel en contra de su monarca; ultimamente las campañas emprendidas contra el pontificado debilitaron el poder de Juan; tanto, que Inocencio III, obligado por los delegados eclesiásticos y los nobles señores presididos por el sabio cardenal Esteban Langton se congregaron para poner coto á los desafueros del monarca, y tanta fuerza é influencia morales desplegaron en sus reuniones, que Juan tuvo que reconocer la superioridad del papa y acabó por aceptar las bases que redactaron en consejo, acordando darlas el nombre de MAGNA CHARTA LIBERTATUM, ó sea la gran carta de las libertades de los estados ingleses.

Tuvo pues el rey que someterse á la voluntad del consejo, mas la reina Isabel, viendo decaer de día en día el ánimo de su esposo, y sabiendo por confidencia que la *Magna Charta*, para ser válidos sus artículos, tenía que ser sancionada por el papa Florencio III, propuso al rey la desaparición del célebre documento á lo que accedió Juan por creer usurpados sus derechos y ultrajada su dignidad real.

II

Fué tanta la fuerza moral que ejerció la *Magna Charta* sobre el ánimo del rey, robándole la influencia anorreadora con que vejaba á nobles, eclesiásticos y vasallos, que al poco tiempo viose acometido de una tristeza mortal que le sepultó en el lecho gravemente enfermo, fatigado su cuerpo y debilitado su espíritu por múltiples y terribles agitaciones.

Isabel velaba constantemente por su esposo durante las horas de fiebre y de delirio; enjugándole



á intervalos el copioso sudor que manaba de su ardorosa frente y cuidando al mismo tiempo que nadie traspasara el umbral de la cámara regia, pues el vestíbulo y galerías hallábanse atestados materialmente de una legión de guardias, caballeros, obispos y abades, quienes no querían abandonar el palacio, demostrando así gran solicitud por la salud del monarca, mas en realidad era que aguardaban con ansia que el rey sucumbiera para proclamar á su hijo Enrique III, habido de su segunda esposa.

La reina, sabiendo que el papa Inocencio no había firmado el tremendo documento, pugnaba por arrebatarlo de las manos del arzobispo de Glocester, Roberto el Negro, quien lo tenía encerrado en una urna dentro del palacio del arzobispado; mas, como en las habitaciones interiores del rey daban la guardia la nobleza y el clero, Isabel tuvo que conformarse á que la mejoría del monarca pusiera término á aquella vigilancia tan estricta.

No obstante, una circunstancia favorable vino por fin á secundar los planes de la reina sin que nadie opusiese obstáculo alguno á su realización.

Una noche, estando sentada Isabel junto al enfermo, acertaron sus ojos á posarse sobre el fondo de una tapicería de la cámara real, cuando con asombro vió destacarse una cabeza cuyos ojos, mirándola fijamente, acabaron por fascinarla completamente, paralizando todos sus movimientos.

La cabeza iba avanzando hacia la reina, la que al cabo pudo divisar una figura grave que, deslizándose junto á ella dijole en tono muy bajo al oído: «Señora: no temáis, yo conozco vuestros deseos y quiero ayudaros; si teneis confianza en mí, tomad y seguidme» y juntando la acción á la palabra, puso en las manos de Isabel un agudo puñal y una llavecita dorada.

La reina levantóse maquinalmente y siguió con paso vacilante á su guía quien, abriendo sin hacer ruido una puerta secreta, la condujo hacia un pasadizo oscuro añadiendo: «El rey no puede quedarse solo: id vos señora en busca del documento que encontrareis saliendo por este pasadizo, luego atravesad la tercera columnata del palacio arzobispal; una vez allí, con esta llave abriéis la sala capitular que ahora está desierta, y en la puerta interior de la izquierda, junto al capitel del fondo, apretad una cabeza de dragón que hallaréis y se os abrirá una puerta. Entrad y encerrada en una arquilla encontrareis la *Magna Charta*; si alguien osa detener vuestros pasos, sepultadle este puñal en el corazón».

Al llegar aquí la reina iba á hablar, pero su guía, adivinándole la intención, la interrumpió añadiendo: «Podeis ir tranquila, soy el esclavo fiel de vuestra majestad, Arnulf de Cornwalls».



Al reconocer Isabel á su antiguo servidor, que era muy adicto al rey, lanzóse en busca de la *Magna Charta* dejando al duque de Cornwalls al lado del monarca.

Atravesó el largo y oscuro pasadizo y al llegar al extremo, subió sobre un pequeño foso que había y se encaminó hacia la terceracolumnata; la luna iluminaba por completo el firmamento contribuyendo no poco á aumentar la ansiedad de Isabel, pues cualquier batimento de columna parecíale un ser humano y cada arbusto que se agitaba á impulsos de la brisa se le figuraba que era alguien que venía en su seguimiento.

Por fin llegó enfrente la puerta de la sala capitular, puso la llave en la cerradura y abrió lentamente, temerosa de que la sorprendieran, apretó convulsivamente el puñal y entró; la sala capitular estaba efectivamente desierta y solamente la animaba la claridad del astro de la noche que penetraba á través de los románicos ventanales.

Infundíale miedo á Isabel cualquier rumor que lejana-mente se oyese, causándole no poco sobresalto el trabajo destructor de los parásitos que en gran número se enseñoreaban del mueblaje de la lujosa y artística sala, tur-



bando con su monótono chirrido el silencio de la noche. Al fin, venciendo su temor, aproximose á la puerta indicada por el duque y apretando la cabeza de dragón que formaba parte del capitel de la izquierda, penetró en la estancia donde estaba encerrado el documento objeto de sus cuidados.

El primer movimiento de la reina fué de repulsión, pues la estancia despedía un hedor insoportable á causa de no haberse abierto en mucho tiempo la puerta resorte; al franquearla, un rayo de luna que penetraba por una pequeña ventana con capiteles y rejada por el centro verticalmente, iluminó de repente el rostro de Isabel á favor de cuya luz pudo hacerse cargo de la situación que ocupaba la arquilla donde se hallaba depositada la *Magna Charta*.

El sitio destinado á guardar el documento era un recinto de forma cuadrangular y reducidas dimensiones, cuyas paredes interiores destilaban agua á causa de la humedad existente en esta parte del edificio.

La reina dirigió una postrer mirada á la sala y con mano trémula apoyó la punta del puñal en la cerradura de la arquilla, cediendo aquella á poco de forcejar, y sacando del interior unos rollos de pergamino, dejó caer precipitadamente la tapa y se alejó con paso rápido á través de las galerías que conducían al pasadizo secreto de la cámara real.

III

Al llegar á la habitación del rey, el duque de Cornwall refirió á la reina que durante su ausencia había solicitado audiencia el cardenal Langtón y que este había notificado á Juan que la *Magna Charta* estaba ya firmada por el Papa pues había mandado el consejo hacer una copia del ori-

ginal para ser este archivado.

El rey confirmó á Isabel lo expuesto por el duque, quedando en un estado de abatimiento notable.

La desesperación de la reina no tuvo límites, acentuándose más poco tiempo después cuando empezó á empeorar visiblemente el rey, hasta que el 19 de diciembre del año 1216 falleció en medio de horribles sufrimientos y dejando á su reino presa del más espantoso desorden, casi en poder de Luis hijo del rey de Francia y además asolado y destruído por una guerra civil; la reina retiróse al convento de Cornwall para llorar la muerte de su esposo.

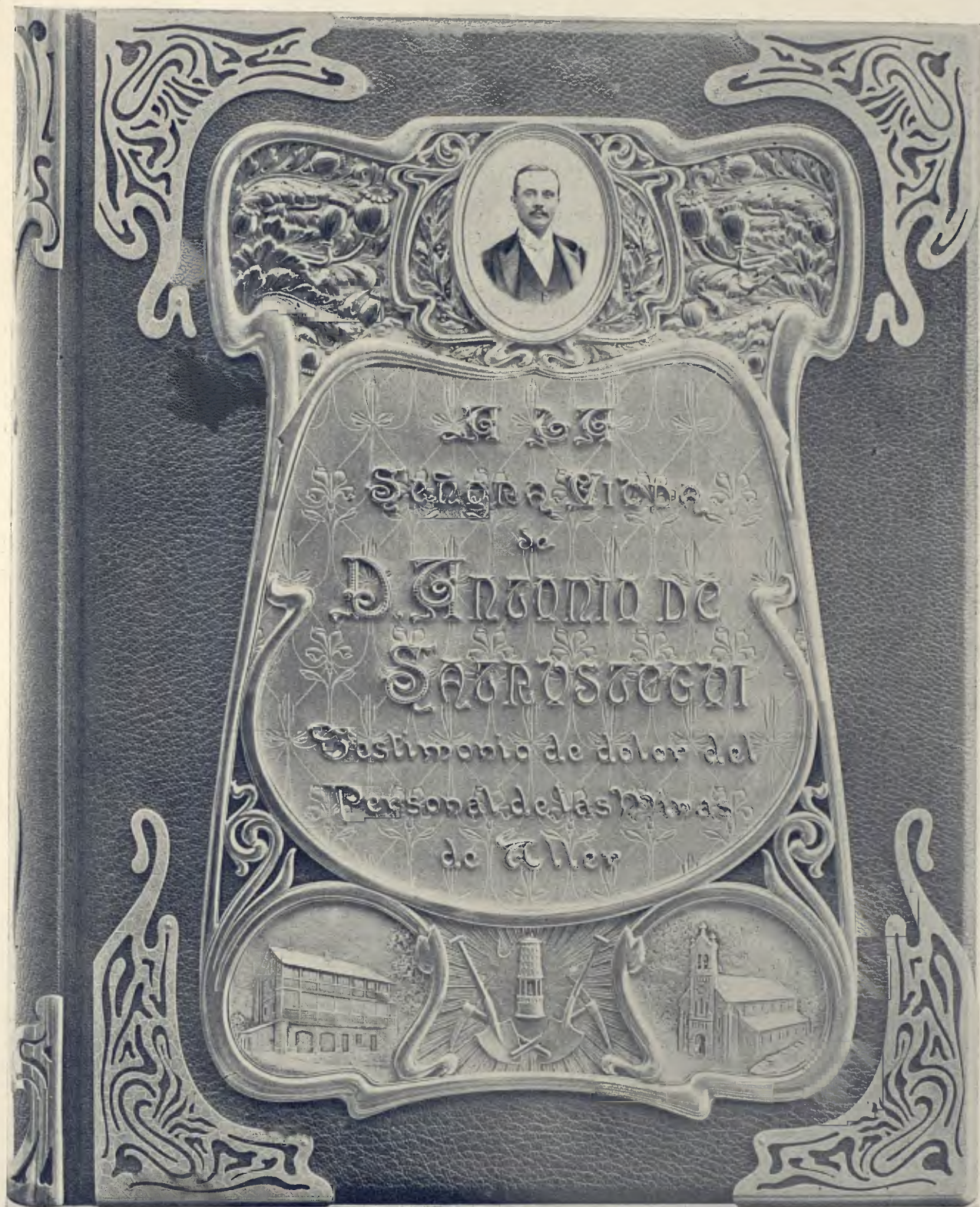
En medio de tales trastornos reuniéronse los barones y grandes del reino y haciendo un llamamiento al sentimiento nacional, prepararon el gran acontecimiento que en parte contribuyó á la nueva organización del estado inglés, el cual consistió en la coronación del hijo de Juan *sin Tierra*, niño de 10 años á quien el pueblo recibió con entusiasmo por descubrir en ello una nueva era de paz y tranquilidad.

Alrededor de Enrique III levántose un partido formidable que acabó por rechazar la soberanía francesa de Luis y confió la regencia del joven monarca al conde de Pembroke y al legado pontificio Guala quienes, bajo la base de la *Magna Charta*, organizaron al cabo de diez años la coronación de Enrique III.

Este fué coronado en Glocester en 28 de Octubre de 1226 jurando el documento que tan funesta muerte trajo á Juan *sin Tierra*.

El nuevo rey, reunido en consejo con los regentes y demás privados, hicieron algunas modificaciones á las bases que habían mermado las atribuciones de su padre y en 20 de noviembre del año 1227 quedaron aprobadas, sancionadas y firmadas nuevamente dichas bases que fueron fijadas con gran solemnidad sobre el tapiz sagrado de la catedral de Glocester, ostentando debajo la célebre leyenda: *Magna Charta libertatum*.

J. LAPEYRA



ALBUM PROYECTADO Y ENCUADERNADO POR HERMENEGILDO MIRALLES.-BARCELONA

PLATA CINCELADA Y ESMALTES DE CABOT

INTRIGAS DE PUEBLO

El alcalde de Mártela era suspicaz y bruto: á cada momento decía á su mujer, que dicho sea de paso, era una arrogante moza:

— Ese maldito vecino de boticario que no cesa un instante de tocar la flauta, me está minando el terreno; pero ¡cuerno! ¡como yo lo coja en un renuncio!...

— ¿Por qué dices eso?

— Porque yo me entiendo: ese quiere ser alcalde: siendo yo aquí en la mollera algo que me lo indica, pero trabajo le ha de costar sustituirme en el uso de la vara. ¡Cuerno! ¡pues no faltaba más!

El señor Juan, el boticario, que era un tuno de siete suelas, no se cuidaba de conspirar contra la autoridad, como el alcalde suponía, y empleaba su tiempo en despachar drogas muy de tarde en tarde; en tocar la flauta muy amenudo; en cambiar con la alcaldesa miradas significativas, y en celar que su sobrina Clara no anduviese en chicleos con el tío Romo (a) el Largo, que tenía fama de mujeriego y era amigo del alcalde, vigilancia que irritaba á aquellos.

Un día el señor Marcos, más receloso que de ordinario por algo que Romo le había dicho de una conversación sorprendida á dos vecinos del pueblo en la que juzgaban

su nombre y el del boticario, concibió la idea de dar con éste y con su maldita flauta en la cárcel para desautorizarlo en el concepto de las gentes del lugar. Al efecto convino con el tío Romo en oficiar reservadamente al Gobernador civil advirtiéndole que se conspiraba contra las instituciones y que el alma de la conspiración era el señor Juan, y que pasados unos días, Romo denunciase por telégrafo al teniente de los civiles del puesto próximo, que el complot iba á estallar en determinada noche siendo su jefe el boticario, en cuya casa podrían hallarse las pruebas del delito, pruebas que consistirían en unas listas de conspiradores que el alcalde llevaría consigo al allanar la casa. La intriga, como se ve, tenía la intención de un Miura.

— ¡Cuerno! — decía el alcalde después de haber oficiado al Gobernador — Ahora sí que me las va á pagar ese perro flautista.

El tío Romo, que no descuidaba ocasión de arrimar el ascua á su sardina, pensó que no podía ofrecérsele mejor oportunidad (para demostrar á su novia que no era tan romo de ingenio como de apellido,) que la noche en que debieran prender á aquel, y que ningún sitio había más seguro para ello que un cobertizo del corral del alcalde,



S. CLEMENTE

LA FERIA DE SEVILLA

cuya tapia medianera era bastante baja y se podía saltar con facilidad. Convinió así con Clarita y quedó en designar á ésta la noche en que habrían de verse.

La alcaldesa, que era mucho más lista que su marido, al notar en éste cierto cambio de carácter y leer en su rostro la satisfacción, le preguntó sonriendo, aunque con cierto reconcomio.

— Dí, Marcos. ¿Qué tienes que tan alegre estás?

— ¡Cuerno! ¿Qué he de tener?... Que dentro de poco se habrá ido con la música á otra parte ese bribón que trata de suplantarme.

— ¿De veras?

— ¡Digo! Me parece...

— Mira que sabe más que tú...

— Pero yo puedo más CANALS que él.

— ¿Qué has de poder tú, hombre, qué has de poder?

— Lo veremos.

Llegó el instante decisivo: el alcalde sacó del cajón de su mesa un rollo de papeles y se lo guardó en un bolsillo de la chaqueta; para que fueran encontrados en casa del boticario al hacer la requisa. El tío Romo había telegrafiado al teniente de la Guardia Civil diciéndole:

« Va á estallar motín: jefe boticario conspiradores: alcalde registrará esta noche casa para encontrar cuerpo delito. »

Pero el telegrafista, que no debió de entender bien la letra, transmitió lo siguiente:

« Va á estallar motín *contra* boticario: jefe conspiradores, alcalde: *regístrese* esta noche casa para encontrar cuerpo delito. »

Eran las once, y ni alma viviente, á excepción de la ronda, circulaba por las oscuras calles de Mártela: dos bultos, sin embargo, habían montado media hora antes y en opuestas direcciones, la barda medianera de ambos corrales, los del alcalde y el boticario, lo que indicaba que no todos dormían en el pueblo.

Un cuarto de hora después, asaltaba el alcalde con los suyos la casa del señor Juan, y seguido del juez municipal y de los alguaciles, sorprendía al boticario en su alcoba, en el momento en que este aplicaba á la nariz de la alcaldesa un pomito de sales.

— ¡Cuerno! — fué lo único que se le ocurrió decir.

Simultaneamente, la Guardia Civil asaltaba la casa de la autoridad local de Mártela y sorprendía al tío Romo y á Clarita en conversación animadísima, debajo del cober-
tizo.



LA VIDA BOHEMIA

— ¿Y el alcalde? — preguntaron los Guardias.

— En casa del boticario — tartamudeó el tío Romo.

A ella fué el teniente con algunos números, y encarándose con el señor Marcos, á quien extrajo del bolsillo las listas consabidas, le dijo.

— Dese preso, por conspirador.

— ¡Cuerno! ¿Yo preso?... ¡Pero si es el boticario el que conspira contra mí!...

— El boticario es su víctima; pero eso ya se aclarará: ahora, á la cárcel.

Y en ella dieron con el pobre Marcos, quien fué suspenso y procesado.

El escándalo no pudo ser mayor.

El boticario, debió de apreciar mejor las prendas personales del tío Romo, porque al poco tiempo lo casó con su sobrina.

Y la rabia del señor Marcos no tuvo límites cuando supo que el señor Juan le había sustituido en el uso de la vara, y que los solos de flauta se repetían con más frecuencia, como si quisiera demostrar con ellos su regocijo.

CAMILO MILLÁN

POR ESOS TEATROS

Compañía italiana.—« Los fuegos de San Juan », de Shudermann.— En el teatro Romea.— Eldorado, Principal y Tivoli.

Fuése la compañía de la Vitaliani y substituyola en el escenario del teatro Granvía la de la señora Iggius, formada por apreciables artistas, entre los cuales figuran algunos ya conocidos de nuestro público.

La despedida que hizo éste á la eminente actriz que nos ha dejado, fué de todo punto cariñosa y entusiástica. Puede decirse de la señora Vitaliani que ha sido una de las grandes artistas que más esfuerzos ha tenido que hacer contra la apatía y la indiferencia de una parte de la prensa y del público. Como es sabido, su primera campaña en Novedades, fué poco menos que desastrosa, como lo fué la segunda, aunque no tanto, pues, si bien no obtuvo todo el favor que merecía, obtuvo ya el de la parte de prensa que piensa por patrón y que, habiéndose mostrado al principio rehacia, mostrábase ablandada, gracias á los elogios que habían hecho de la eminente actriz los periódicos madrileños que hablaron de ella durante las semanas que estuvo con sus compañeros en la Corte.

Sin embargo la Vitaliani no desmayó y volvió á Barcelona, tomando por su cuenta el teatro Granvía, en cuyo escenario mostró nuevamente su poderoso talento, triunfando por completo del público barcelonés, que llegó á sentir por ella indecible simpatía.

También la siente, aunque de distinto género, por Blanca Iggius. Sin embargo, la inclinación que muestra hacia ésta, es motivada, más que por los méritos de la actriz, por las gracias y encantos de la mujer. Todo lo contrario de lo que sucedía con la Vitaliani, cuyo temperamento de actriz hacía desaparecer á los ojos del público todas las cualidades y todos los defectos físicos.



BALBINA VALVERDE

Ya se comprenderá, por lo dicho, que el género predilecto de la señora Iggius debe ser el que más se preste á lucir sus encantos. Por eso prefiere la comedia al drama y el *vaudeville* á la comedia. Y no hablemos ya de la tragedia, pues durante su estancia en el teatro Granvía no ha representado hasta ahora ninguna.

En cambio nos ha servido á todo pasto género ligero, en el cual llega á dominar por completo á los espectadores—y á cierta clase de ellos más que á otros—gracias á la belleza de su rostro, la gracia de su cuerpo y el encanto de su voz acariciadora y dulce.

Sea como quiera, la señora Iggius puede considerarse como una artista de todo punto apreciable, lo cual puede afirmarse asimismo de la mayoría de sus compañeros, entre los que sobresale el simpático actor cómico Alfredo Sainati.

En el género serio no nos ha dado la compañía más que « I fuocchi di San Giovanni » de Shudermann. Y es una verdadera lástima, pues lo interpreta con mayor arte que el cómico.

Buena prueba de ello fué el estreno de dicha obra, en la cual cada uno de los artistas estuvo en su punto, tanto individualmente como en relación con los demás.

El drama es verdaderamente notable, así por su asunto como por su desarrollo, en el que Shudermann ha dado una nueva prueba de las facultades que posee para dominar al público.

Una muchacha pobre ha sido recogida de niña por una familia, en cuya compañía ha continuado viviendo separada de su madre, que gana la propia vida mendigando y robando: — sobre todo robando. Ya grande y cuando está á punto de contraer matrimonio la hija del que la recogió, descubre la muchacha el amor que por ella había sentido el novio, amor en el cual es correspondido. He aquí la base del drama. El conflicto ya se adivina. La lucha sostenida entre el amor y el agradecimiento, entre los impulsos de la pasión que la empuja á unirse con el hombre á quien ama y los de su alma bondadosa que la incita á evitar la desventura de que sería víctima la hija de sus protectores, está pintada por Shudermann con un vigor y una fuerza extraordinarios. Tanto, que el público llega en ciertos instantes á olvidar que se encuentre en una sala de espectáculos. Tan intensamente sentido es el ambiente de que ha sabido rodear el autor los personajes que intervienen en la acción.

La señora Iggius interpretó el papel de protagonista con mucho sentimiento y extraordinaria verdad, sin descomponerse jamás, ni en las escenas de mayor fuerza dramática. Fué debidamente secundada por los demás actores, especialmente por los señores Robert—el enamorado—y Bertini—el padre de la novia—que dijeron sus respectivos papeles con una sobriedad digna de todo elogio, dotando cada uno su *personaje* del carácter que le correspondía.

El teatro Romea no nos ha dado hasta el presente ninguna obra de empuje, siendo la más importante de las estrenadas en dicho coliseo durante esta temporada la comedia en tres actos « Vocació de Sant, » original de don Pablo Parellada.

He dicho importante y ya me arrepiento de haberlo dicho. Lo es, sí, por su extensión, pues es la única obra en tres actos estrenada hasta ahora, pero no lo es, ni mucho menos, por su bondad artística. Por el contrario, «Vocació de Sant» no pasa de ser un ridículo sainete, indigno del buen nombre legítimamente adquirido por su autor.

Los actores y algunos de ellos especialmente, hicieron cuanto estuvo en su mano para que la obra resultara todo lo chavacana posible. Puede hacerse sin embargo alguna excepción, sobretodo en lo que se refiere a la señora Monner, que interpretó con el acierto que le es peculiar un bien trazado tipo de beata que es tal vez el más firme de la obra.

El público que asistió al estreno no era de los que se preocupan en serio del aspecto artístico de las producciones. Por eso rió á carcajada limpia los chistes que tiene «Vocació de Sant» y entre los cuales los hay para todos los gustos. Al final de la representación hasta fué llamado á la escena el autor, que no pudo presentarse por hallarse en Valladolid, donde tiene su residencia.

En el mismo teatro estrenose noches atrás un juguete titulado «Botifarras dolsas», en el cual su autor, don Francisco Javier Godo, nos muestra bajo un aspecto relativamente nuevo el eterno asunto del amor y la conveniencia. Sin ser una producción *de punta*, merece «Botifarras dolsas» un aplauso por la cultura del diálogo y por la lección que encierra.

Por ninguna de esas dos cualidades se distingue la zarzuela «San Juan de Luz», original de los señores Jackson Veyan y Arniches, con música de los señores Torregrosa y Valverde (hijo), y estrenada en el teatro Eldorado. En ella se presenta al marido que escapa de su mujer para correr algunas aventuras amorosas; al hombre de confianza de ésta que se deja *corromper* por los encantos de las palomas que acompañan en su viaje al marido; á la niña prometida del hombre de confianza, que corre tras él en compañía de la mamá, etc., etc., etc. Lo que se llama un asunto sobado y resobado.

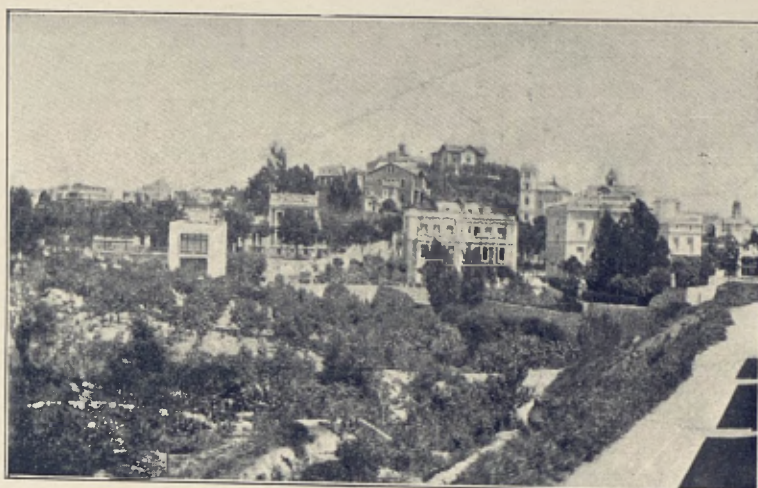
En cuanto á la música resulta agradable y juguetona, habiendo arrancado en la noche de su estreno bastantes aplausos del público.

El movimiento teatral en los demás teatros ha sido bastante escaso. La señora Tubau, que ha continuado en el Principal con su apreciable compañía no nos ha ofrecido más que una sola obra nueva, traducción de un *vaudeville* sobre el cual más vale callar. Es lástima que una actriz de los méritos de la señora Tubau emplee su talento en producciones de tan escasos méritos como «Mi nuera».

Como de costumbre, el Tívoli nos ha servido durante la quincena numerosos *debuts* de otras tantas *celebridades*... Y el público ha correspondido á los *esfuerzos* de la empresa llenando el local noche tras noche.

UN ESPECTADOR

Fotografía artística remitida por Don J. SÁNCHEZ GARRIGÓS



«TURÓ DE MODELELL.» (Bonanova)

Vista tomada desde el tren de Sarriá

HOJEANDO LIBROS

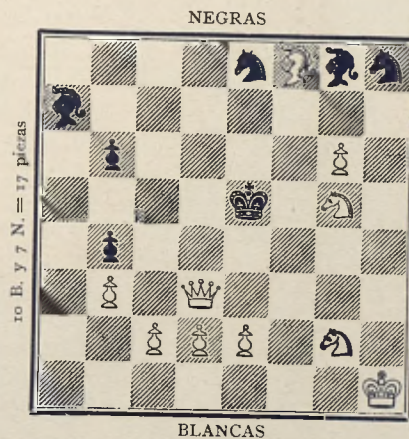
«Poemas de color». — Sonetos de don José López de Maturana

La obra responde perfectamente al título. Sí, los sonetos que componen la colección del señor López de Maturana son verdaderos *poemas de color*, vibrantes de luz y de armonía, preñados de ideas hermosas y de pensamientos originales que los hacen saborear con gusto. Además hacen recomendable el libro la cultura de la frase, la belleza de la forma y la corrección de los versos.

La obra ha sido bellamente editada en Buenos Aires.

SECCIÓN DE AJEDREZ

PROBLEMA 56. — M. FEIGL



Las Blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA 55, POR H. GOTTSCHALL

1. D 2 D, etc.



HERMENEGILDO MIRALLES

59-BAILÉN-70

BARCELONA



HISPANIA. — LITERATURA Y ARTE. CRÓNICAS QUINCENALES.

PANORAMA NACIONAL. 2 tomes con 640 vistas de España y Colonias.

ATLAS GEOGRÁFICO, con 58 mapas en colores.

A LOS TOROS. Álbum por PEREA, con 28 acuarelas.



LITOGRAFÍA

MONTADA CON TODOS LOS ADELANTOS MODERNOS



RELIEVES. Trabajos en relieve para fábricas de tabacos, etc.

ENCUADERNACIONES industriales y artísticas.

JUGUETES recortados para fábricas de chocolate, etc.

IMÁGENES de todas clases.



AZULEJOS CARTÓN PIEDRA

PODEROSO ELEMENTO PARA LA DECORACIÓN INTERIOR

PÍDASE CATÁLOGO.